

La mitología estadounidense, sus consecuencias en la política internacional y la forma de neutralizar a sus críticos

Leopoldo González Aguayo*

Resumen

En el presente artículo se analiza, partiendo de un acercamiento a los mitos que fundamentan el nacimiento de Estados Unidos como nación, los cuales se han mantenido casi intactos hasta la fecha, la estructura ideológica interna e internacional que ha permitido que este país se mantenga como un Estado sólido en lo interno y como una potencia mundial en lo externo. La adecuada manipulación del concepto de "seguridad", aunada a un bien estructurado sistema interno de control social, ha favorecido siempre los intereses de la aristocracia dirigente estadounidense, al justificar en todo momento las acciones violentas de este país en contra de sus "enemigos". Frente a esto, se hace manifiesta la presencia de una considerable cantidad de críticos internos que atacan, de una manera continua y sistemática, este accionar por parte de la élite gobernante de Estados Unidos. Sin embargo, la respuesta del gobierno estadounidense a este fenómeno ha sido el monitoreo y el control de los críticos mediante las agencias de inteligencia y espionaje, así como por el Departamento de Seguridad Interna, creado por George W. Bush en el 2002.

Abstract

The article analyzes, starting from an approach to the founding myths of the United States as a nation, the ideological structure that allows this country to maintain itself as a strong State and its status of world power as well. The proper manipulation of the concept of "security", united to a well structured internal system of social control, supports the interest of the United States' leader aristocracy by justifying at every time the violent actions of this country against to its so called "enemies". Opposite to this situation, it is well known the existence of the inner and external critics of the United States, who systematically and continuously attack the actions of this country's governing elite. Nevertheless, the response of the government of the United States to this phenomenon has been the supervision and control of the inner critics through the intelligence espionage agencies, and as well as through the Department of Homeland Security, created by George W. Bush in 2002.

* Licenciado en Ciencias Diplomáticas por la UNAM. Cuenta con estudios de posgrado en el Centro Universitario de Estudios de las Comunidades Europeas. Doctor por la Universidad de París. Profesor de carrera adscrito al Centro de Relaciones Internacionales.

Los aproximadamente 290 millones de estadounidenses que pueblan un espacio territorial que suma 9 363 123 km² (incluyendo Alaska), equivalen en proporción a sólo un poco menos del 5 por ciento de la población mundial; dicho territorio, por su parte, resulta equiparable apenas a un poco más del 6 por ciento del total de las tierras emergidas del planeta. Sin embargo, nadie duda que desde ahí los intereses que ha logrado acumular y representar tan simbólico núcleo de poder alcanzan a desbordarse e impactar, invadir y contaminar permanentemente a la totalidad del globo terráqueo.¹

Pues bien, la historia de este notable pueblo, organizado muy pronto en los senderos del modelo político europeo de los Estados-nación, y que en nuestros días es uno de los 191 miembros originarios y oficialmente representados en la Organización de las Naciones Unidas (ONU) —la cual ayudaron a fundar en 1945 para que ningún país volviera a recurrir “a la amenaza y al uso de la fuerza”—, empezó hace casi cuatro siglos cuando llegaron a bordo del famoso buque *Mayflower*, en las primeras décadas del siglo XVII, los llamados deliberadamente “peregrinos” (*the pilgrims*), tras cruzar el norte del Océano Atlántico, provenientes de Gran Bretaña, para establecerse en las actuales costas del estado de Massachussets y ahí empezar a formar el territorio de la Nueva Inglaterra. Era un grupo de la secta cristiana protestante fundada en Ginebra por el reformador francés Juan Calvino pocas décadas antes, quienes se designaban a sí mismos como “los puritanos”. Este primer grupo de emigrantes ingleses, dicho sea de paso, ha ejercido hasta nuestros días una influencia determinante sobre la nación en su conjunto, en especial a través de la muy particular interpretación que desde entonces ya hacían de sus correspondientes tesis religiosas, marcando con ello toda la vida y la ideología estadounidense. En la actualidad, llama aún más la atención tal hecho por tratarse de una sociedad considerada como desarrollada, aunque paradójicamente mantenida por sus múltiples y sucesivas dirigencias dentro de un marco para el que tampoco hay ninguna duda en catalogarla como notablemente religiosa.²

¹ Véase *L'état du monde. Annuaire économique géopolitique mondial 2003*, París, La Découverte.

² Véase “Religious Beliefs of the Pilgrims” en MayflowerHistory.com; y Gracia Mireya Ojeda Marín, *La importancia de los valores puritanos en la política exterior estadounidense, caso Ronald Reagan*, tesis de Maestría, FCPYS-UNAM, 2003. “El calvinismo, se distingue de las otras doctrinas protestantes por el origen democrático que atribuye a la autoridad religiosa; la supresión de ceremonias; la negación absoluta de la tradición; el dogma de la predestinación y la reducción de los sacramentos al bautismo y la cena”. Véase *Pequeño Larousse Ilustrado*, México, 1994, p. 1180. “Los Estados Unidos, país evolucionado desde el punto de vista tecnológico, curiosamente tiene todo el aspecto de ser el paraíso de las religiones”. Véase Jean-Paul Guetny, “La modernité n'a éteint ni le fait religieux ni la quête de spiritualité” en *Le nouvel état du monde*, París, La Découverte, 2002, p. 57.

Ahora bien, en un trabajo de esta naturaleza no podemos prescindir de los siguientes rubros: primero, el contexto en el que se da el sistema de la estructura y conformación de aquellos que toman las decisiones políticas estadounidenses; en segundo lugar, más que ocuparnos del interesante sistema del equilibrio político interno, debemos atender a la permanencia y perpetuación en el poder de los miembros que conforman la alta estructura política; en tercero, el original sistema que permite manipular de manera conjunta con fines de control, por un lado, tanto a la citada estructura política en sí misma, como a la mencionada perpetuación en el poder de las respectivas élites políticas, por el otro. Este binomio, casualmente, sirve a dichos grupos tanto para legitimarse a sí mismos, como para contrarrestar y neutralizar a sus no escasos críticos y disidentes en todo momento; en cuarto lugar, la suma de todo este original conjunto o ecuación (incluyendo a la propia *disidencia*), permite a la *dirigencia presentarse y autoexhibirse ante el mundo* no sólo como quienes detentan el mejor sistema político, social y económico existente hasta ahora en el planeta, sino más bien —según ellos mismos afirman— como quienes realmente disponen del único sistema perfecto, justo y equilibrado que jamás se haya registrado durante el despliegue en abanico de las absolutas e infinitas complejidades que hoy ha conocido la organización del espíritu humano.

Como enunciamos antes, el pretexto del estudio de los críticos internos y externos del sistema estadounidense nos obliga a hacer una pequeña reflexión respecto al interesante sistema de toma de decisiones políticas estadounidenses, a efecto de lograr dilucidar algunos elementos relativos a la composición social de la propia *dirigencia* de este país.

La *dirigencia* estadounidense no conoció sus inicios con los llamados “padres fundadores”, es decir, con aquellos que llevaron a las 13 colonias a la independencia en 1783 y, por lo consiguiente, conformaron la arquitectura y la estructura de la república tal como ahora la conocemos, sino más bien con otros personajes, quienes dirigieron y condujeron con mucha mayor antelación a los emigrantes, y en especial a los que encabezaron a los primeros de ellos. En otras palabras, hablamos de los dirigentes que guiaron al citado grupo de los “peregrinos”, y quienes por lógica no pueden resultar diferentes al común de todos los demás conductores de los pueblos.

Ahora bien, ante la pregunta ¿de qué grupo o grupos sociales proceden los conductores de los pueblos?, una respuesta muy sencilla consiste en reconocer que en el caso de todos los pueblos, y durante todas las épocas de la humanidad, sus *dirigencias* siempre provienen de las filas de las élites de los mismos.³

³ Véase Marvin Harris, *Caníbales y reyes*, Alianza Editorial, Madrid, 2000.

En consecuencia, el modelo político estadounidense tampoco puede resultar diferente, ya que el patriciado o la aristocracia liberal de las 13 colonias, por ser masónica, no sólo formaba entonces la élite política, social, económica, cultural, religiosa y dirigente de las mismas en 1776, sino que sería la que asumiría el costo de encabezar el movimiento político que culminó en 1783 con la completa independencia de los territorios que ocupaba Inglaterra en esa parte de Norteamérica. Además, fue el único grupo que, al tiempo que encabezaba y dirigía la lucha política y militar, podía utilizar a sus representantes ya establecidos para entonces en Europa (originalmente a efecto de atender con muy diversos fines las obligaciones desprendidas de las simples relaciones entre los poderosos grupos masónicos, y de paso la red de negocios comerciales que llevaban a través de ellos con el Viejo Continente), a fin de llevar a cabo y culminar los detalles de la negociación con vistas a obtener el sustancial apoyo de los rivales tradicionales de su Madre Patria. Apoyo a la postre obtenido a través de idóneas alianzas, como las obtenidas y concertadas con Francia y España, logradas en forma óptima y en el curso de la mejor de las coyunturas internacionales; es decir, en circunstancias cruciales para los colonos americanos, no sólo a efecto de verse sostenidos en el combate que libraban al otro lado del Atlántico, lo que en sí mismo ya era bastante, sino mejor aún, con el fin de apuntalar la propia moral interna.

De no haber existido o contado con estas alianzas estratégicas, bajo las circunstancias de una cierta lasitud, en que para ese entonces habría podido irse deslizando y derivando la segunda parte del mismo proceso, de nuevo en el campo de los rebeldes norteamericanos, la romántica historia oficial de la lucha por la independencia tal como la conocemos hoy en día, seguramente no se hubiera saldado en su favor con la relativa rapidez y las muy pocas pérdidas como en realidad ocurrió, sino que sin duda se hubiera escrito en forma muy diferente.

Desde luego, estamos hablando de una élite que desde su llegada al continente americano estuvo acostumbrada a practicar el autogobierno político, dado que era una tradición implícita, implementada, sostenida por simple necesidad y requerida por la dirigencia de la propia metrópoli británica, además de no escatimar en permitirle a estos mismos súbditos, en torno a los mismos criterios y aduciendo sobre ellos las mismas razones de control, una gran libertad de acción y de iniciativa en los terrenos económico, social, cultural y, desde luego, religioso. Diferencia de experiencia no sólo fundamental, sino de fondo, comparada con aquella que conocieron los habitantes de las colonias españolas establecidas en el centro y en el sur del mismo continente, salvo el caso de Costa Rica —al menos en el terreno político-económico—, mientras los otros habitantes de los inmensos territorios coloniales hispanos nunca llegaron a experimentar o conocer tales veleidades, por la sencilla razón de que en su caso la metrópoli

castellana, gracias a que no ignoraba la existencia de modelos similares o parecidos de descentralización y de autogobierno, como el cabildo y las comunas, aún radicados dentro de la propia Península Ibérica, en ningún momento se preocupó por disfrazar la profunda antipatía y la desconfianza que tales modelos le inspiraban para aplicarse en sus muy vastos territorios americanos.⁴

Lo anterior obedeció a razones muy particulares en las que, a la llegada de dichos europeos, mucho jugó la escasez casi absoluta —en el citado territorio— tanto de comunidades indígenas como de metales preciosos, lo que ocasionó que la meseta central de este pequeño y muy bello espacio, de difícil acceso a causa de la existencia a su alrededor de espesas selvas y pantanos, finalmente fuese ocupado por una reducida población de origen español y, además, esta última se viera obligada, en función de su propia pobreza, a trabajar por sí misma la tierra, por todo lo cual incluso no es de extrañar que desde entonces la misma se iniciara en las prácticas del autogobierno.

El inicio de la mitología estadounidense

También es un hecho que, desde sus inicios, los habitantes de las nuevas colonias inglesas americanas, no teniendo otro referente histórico, quedaron enmarcados y muy bien articulados entre sí por y en una serie de mitos, de entre los cuales nos interesa destacar especialmente cuatro: 1) el de ser el pueblo elegido de Dios; 2) el de la democracia representativa; 3) el de la libertad económica; y 4) el de la libertad de expresión.

El mito de ser el pueblo elegido de Dios

Este mito no le costó mucho trabajo vender a la mencionada dirigencia del grupo o secta cristiana de los “puritanos”, ya que además del hecho de ser el designio más importante del texto en la correspondiente versión depurada del *Antiguo Testamento*, todos los miembros de dicha comunidad religiosa estaban obligados no sólo a leerlo, sino también a aprenderlo (aunque en la Biblia original tan importante designio quedaba reservado expresamente a los israelitas). Mucho menos trabajo costó que este estupendo designio fuese adoptado, incluso de una manera democrática, una vez desembarcados durante los inicios del invierno en el norte del continente americano hacia 1620, dado que el citado grupo se salvó por casualidad de la inanición por la muy oportuna intervención

⁴ Véase Gordon Connell-Smith, *Los Estados Unidos y la América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1977, pp. 49-54.

de las comunidades indígenas allí establecidas, quienes con su desinteresada iniciativa hacia los recién llegados, al darles como su primer alimento americano el guajolote (de la palabra náhuatl *huaxcolotl*, que significa pavo), rescataron con ello *in extremis* a dichos europeos. La dirigencia puritana que los conducía menos se olvidó de interpretar adecuadamente este loable acto como la máxima prueba impuesta a esta nueva versión del pueblo elegido, al arribar justo a la tierra prometida por la divina Providencia. Desde entonces, el 27 de noviembre de cada año, este hecho se celebra en la Unión Americana mediante una ceremonia sagrada denominada como *the thanksgiving day* (Día de Acción de Gracias a la divinidad del Señor por haberlos salvado), que consiste en celebrar, en una reunión realizada antes de que termine dicha jornada, al calor de una cena en comunión familiar, en la cual se sirve nuevamente pavo.⁵

Ha sido necesario no sólo mantener este mito, sino también exaltarlo hasta el día de hoy con el objetivo de llenar el enorme vacío ocasionado por otro hecho histórico-social muy importante que ha dejado de acompañarlos y de marcarlos: los estadounidenses de todos los tiempos con dificultad han reconocido o identificado sus raíces históricas, entre otras cosas, porque los emigrantes mencionados en lo general no vinieron acompañados de una cultura identificable con un “pasado glorioso”, y aún aquellos que sí la traían se vieron obligados a prescindir rápidamente de ella a causa del original proceso de socialización, asimilación y estandarización a que fueron violentamente sometidos conforme los distintos grupos de inmigrantes fueron desembarcando en “esta tierra prometida”.⁶

⁵ El profesor Fernando G. Sampaio, rector de la Escuela Superior de Geopolítica y Estrategia de Porto Alegre, Brasil, recordando a Francis Fukuyama, afirma que Estados Unidos “nació y se desarrolló a merced de comunidades religiosas fundamentalistas, y éstas fueron determinantes en la formación de su mentalidad general”, la cual, por si fuera poco, es aislacionista. Véase del mismo autor *Golpe militar e ditadura religiosa nos Estados Unidos: um cenário alternativo*, Escola Superior de Geopolítica e Estratégia, texto para debate del 26 de diciembre de 2002. Sobre este mismo punto véase también Blandine Chélini-Pont: “Au nom du Christ et de l’Amérique, le fondamentalisme américain et son impact géopolitique” en *Géopolitique des Etats-Unis, culture, intérêts, stratégie*, capítulo VII, *Revue Française de Géopolitique*, dirigida por Aymeric Chauprade, Ellipses, París, 2003, pp. 73-92. También Rabino Shmuley Botetch, “El verdadero destino manifiesto de Estados Unidos, es su rol providencial como primera república democrática del mundo, es dirigido en libertad. Los estadounidenses son el nuevo pueblo elegido” en *El Cuarto Reich*, www.rebellion.org_noticia.php_id=5897. Finalmente, Carry McMullen, “Dios favorece a EU. Convencidos de que un poder supremo los guía, evangélicos estadounidenses justifican incluso la tortura” en *Reforma*, México, lunes 27 de junio de 2005, Internacional p. 24 A.

⁶ Véase <http://oduc.let.rug.nl/~usa/E/7yearswwar2/7yearsxx.htm>. De conformidad con la Universidad de Groningen en Holanda, pero lo mismo ocurre si se accede a las páginas tanto de universidades inglesas como estadounidenses con departamentos de investigación

Este hecho terminó conculcándoles tanto el marco como las bases históricas en las que descansaban sus respectivas raíces culturales (lenguas, tradiciones, folclore, gastronomía), a las cuales consideraron ya no necesitar más. Este fue un original proceso tanto de recepción como de inmediata asimilación, que para sus propios fines tuvo un rotundo éxito, al incidir de manera directa en la nueva conformación del multifacético origen de los blancos estadounidenses; en el caso de los esclavos negros, provenientes de las múltiples regiones de la inmensidad africana—de donde pudieron ser capturados y secuestrados—, el nuevo y original diseño de asimilación alcanzó y demostró su máxima perfección, ya que a la fecha no existe ningún elemento (incluyendo los nombres y apellidos de sus excelentes deportistas y artistas de la música y el baile, entre otras actividades), salvo el color de la piel, que permita identificar a sus actuales descendientes con sus respectivas raíces africanas. Es decir, en este último caso, el proceso de exterminio cultural fue tan efectivo y perfecto que no quedó rastro alguno de la exuberancia e impresionante riqueza de las profundas raíces africanas.

Este fenómeno actual de falta de identificación con sus sólidas raíces históricas obliga a que tanto blancos como negros (no así los hispánicos ni los asiáticos), arrastren dentro de la Unión Americana, además de un absoluto desinterés y desprecio por su verdadera y profunda historia, un consecuente e insoluble problema psico-sociológico personal de grave falta de identidad. Este problema ocasiona, entre otras cosas, que el consecuente fenómeno social identificado—por cierto con mucho orgullo, en especial por los mismos blancos— como el *melting pot* (mestizaje originalmente imaginado para aplicarse entre blancos, aunque obligado a practicarse también entre los negros, con el único fin de perpetuar la esclavitud), no sólo no resolviera, sino que agravara hasta hoy la confusión y la incertidumbre que de por sí ya arrastraban ambos grupos fundamentales respecto

especializados en la historia de Estados Unidos: para todos ellos la historia estadounidense comienza con la Guerra de Siete Años, librada entre británicos y franceses al empezar la segunda mitad del siglo XVIII. Por otra parte, el haber cambiado deliberadamente su apellido judío checo Kohn por el de Kerry a fin de encubrir su verdadero origen, al desembarcar en 1905 como inmigrante en Estados Unidos, el abuelo Fritz del candidato a la designación por el Partido Demócrata para las elecciones de noviembre de 2004, aparece como una verdadera curiosidad en la historia familiar de John Kerry, quien confiesa que se interesó por el origen de la historia familiar un año antes, en 2003, por simples razones electorales. Consultar "Descubre su origen checo" en *Reforma*, México, martes 27 de enero de 2004, p. 22 A. Para tener un amplio panorama del problema de la identidad estadounidense, véase D. Lacorne, *La crise de l'identité américaine. Du melting-pot au multiculturalisme*, Gallimard, París, 1997. También, sobre los fantasmas que cíclica e históricamente amenazan la "pureza" de la identidad estadounidense, véase Frédéric Douzet, "La cauchemar hispanique de Samuel Huntington" en *Herodote*, La Découverte, núm. 115, 4º trimestre 2004, París, pp. 31-51.

al verdadero origen de su propia identidad. Amén de que, en el caso de los negros, el obligar a la aplicación obligada del famoso *melting pot* permitía no sólo destruirles a éstos completamente su identidad, sino que tuvo otro inesperado y maravilloso resultado: hacerlos mucho más dóciles y receptivos respecto de su condición (azares de la democracia representativa).⁷

Ahora bien, un verdadero “daño colateral” ocasionado por esta misma falta de identidad respecto a estas dos formaciones sociales estadounidenses, fue el haberlas dejado, prácticamente desde sus orígenes, en absoluta orfandad y vulnerabilidad para la proliferación en su seno de cualquier clase de germen y virus; entre otros nos referimos a aquellos que pululan por todo el respetable cuerpo y espacio de la Unión, portados y esparcidos desde un principio tanto por el verdadero torrente de las sectas presentes como por no pocos grupos que públicamente hacen gala de sentirse iluminados. Éstos, nada débiles y perfectamente cimentados, integrados y articulados dentro de la sociedad estadounidense durante siglos, considerando aquí incluso a los tampoco nada extraños fanáticos político-religiosos de tipo extremista –en especial a los de tinte muy conservador– de la extrema derecha, son sobre los que volveremos más adelante.

En consecuencia, llegados a este punto, estamos obligados a profundizar aún más en nuestro razonamiento, dado que la cultura es un bagaje cuyo sedimento social requiere de ciclos con dinámicas, no sólo marcadas en gráficas

⁷ Véase Frédéric Douzet, “Patriotisme et nationalisme américains” en *Hérodote*, París, núm. 109, 2^o trimestre 2003, p. 41. Para una definición tanto de cultura como de civilización, consultar Stephen Porter Dunn, “Cultura” en *Marxismo y democracia, enciclopedia de conceptos básicos. Sociología dos*, colaboración internacional dirigida por C. D. Kernig, Madrid, 1975, pp. 1-10. También: “Más allá de ser blancos o negros, hispanos en censo de EU escogen ‘otro’” y “Es arte muy aventurado cambiar de una raza a otra” en *The New York Times*, selección semanal de *Reforma*, México, sábado 15 de noviembre de 2003, pp. 1 y 2. Dentro de las profundas diferencias culturales entre “blancos” e “hispanicos” de la Unión Americana, el profesor de la Universidad de Harvard, Samuel Huntington, en su libro titulado *Who are We*, reseñado por la revista *Foreign Policy*, el investigador no sólo reconoce las citadas diferencias, sino que de hecho hace una deliberada aportación, en lo que algunos críticos no dejan de calificar de buen aliento para el racismo estadounidense, supuestamente con el fin de preservar la “identidad” estadounidense frente a la real amenaza de la cultura hispánica y en particular de la mexicana. Véase “Prevén divisionismo en EU por migración, estima politólogo que los mexicanos son un desafío para la cultura estadounidense” en *Reforma*, México, jueves 26 de febrero de 2004, p. 13-A. También véase Andrés Oppenheimer, “Huntington vs México” en *Reforma*, México, viernes 27 de febrero de 2004, página 28-A; y “Provoca debate en EU libro sobre migrantes” en *Reforma*, México, lunes 1^o de marzo de 2004, p. 11-A. Consultar el texto de presentación de su propio libro en el polémico artículo del profesor Huntington, reproducido en la revista *Letras Libres*, “El genio del mestizaje”, México, abril 2004, año VI, núm. 64, pp. 12-20.

con arcos sumamente largos, extensos y suaves, sino que de curso muy lento, dado el carácter denso y profundo de sus raíces, abarcando largos siglos e incluso milenios de sedimentación, en términos que casi podríamos suponer geológicos; comparados con aquellos otros ciclos impulsados por otras curvas sociales, no sólo con gráficas y cursos mucho más breves y cortos, sino marcados con dinámicas muchísimo más aceleradas, por deber efectuarse o realizarse en una forma menos profunda y, por consiguiente, dentro de procesos que transcurren más bien sobre su corteza, es decir, sobre la superficie de los citados cuerpos. Gráficas cuya importancia estriba en que finalmente se verán inscritas a ritmos y velocidades distintos, y que incluso dentro de la cultura de una misma comunidad, son aquellas que describen, acompañan y caracterizan a los respectivos y correlativos ciclos de sus correspondientes civilizaciones, las cuales a su vez se verán graficadas y consideradas, dentro de perspectivas plurales; es decir, estamos hablando de todas aquellas con sus obligados periodos de tiempo que, siendo mucho más cortos, por definición han quedado integrados y enmarcados dentro del amplio y dilatado horizonte de una misma cultura. En resumen, por civilización entendemos el complejo conjunto social con su multitud de procedimientos y fórmulas, no sólo dinámicos, sino también prácticos y flexibles, mediante los cuales los diversos pueblos del planeta han hecho posible no sólo convertir, sino más bien volver y hacer operativos tanto a los amplios diseños como a las muchísimo más lentas y sofisticadas reglas dentro del correspondiente tablero y bastidor que, al tiempo que las enmarca, también se encarga de cernir y decantar a las combinaciones de las vastas redes de elementos históricos que nutren, conforman, pueblan y dan vida a cada cultura.⁸

De esta manera, al lograr despojar tanto a los emigrantes norteamericanos blancos como a los esclavos negros de sus ricos y complejos marcos y bagajes culturales, lo único que estos últimos pudieron hacer, a fin de no precipitarse en el vacío, fue asirse con todas sus fuerzas a las reglas del enramado y atractivo andamiaje operativo de esta novedosa civilización (estamos hablando de la más prodigiosa civilización que jamás haya sido creada por la humanidad). En consecuencia, es esta misma civilización, cotidianamente renovada, innovada y perfeccionada durante los últimos casi cuatro siglos, la que con muchísimo orgullo y una respetable dosis de arrogancia, con su peso geopolítico, no sólo ha exportado la dirigencia estadounidense de todos los tiempos, sino que, además,

⁸ Para una amplia interpretación de la teoría de los ciclos históricos de Fernand Braudel, consultar de entre las obras de dicho autor *La Historia y las Ciencias Sociales*, Alianza Editorial, México, 1989; *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, Fondo de cultura Económica, México, 1987; *Escritos sobre Historia*, Fondo de Cultura Económica, México, 1991.

impone de manera brutal al mundo (al que consideran su nueva tierra de promisión), independientemente de que este último lo quiera o no. Este modelo de civilización es considerado por ellos mismos como perfecto y, para que nadie tuviera dudas de las infinitas bondades y excelencias que lo caracterizan, deliberadamente terminaron denominando a su original franquicia con el sugestivo título de *American way of life*.

Como resultado, el desfase de una cultura tan joven que apenas se encuentra encuadrada al nivel de sus propios embriones (la estadounidense) con y por las sencillas y cambiantes reglas de su dinámica y violenta civilización, produce, por ende, no sólo la permanente confrontación, sino los roces y fricciones cotidianos —con el delicado enfoque de muy largo plazo— que acompañan y envuelven a todas y cada una de las culturas existentes de la humanidad, por la simple razón de que, de entrada, intenta no sólo sustituirlas, sino destruirlas. Este vasto abanico de culturas, aportadas por todo el género humano, esperan con paciencia tomarse su tiempo (más que acabar absorbiéndose de forma mutua y reduciéndose pragmáticamente a una sola). Al mismo tiempo, este depurado esfuerzo coincide en nuestros días con la brutal aceleración del torbellino económico provocado por la llamada “globalización” (la última invención o engendro con el fin de exterminarlas), destilando los elementos que han permitido estructurar lo que podríamos considerar como la primera versión del manuscrito relativo al primigenio diseño de la verdadera civilización universal, destinada a abarcar y cubrir a toda la humanidad. Esta civilización universal, con seguridad, no es producto de una revelación divina, pero por fortuna nos podremos conformar con que al menos sea el resultado del más exquisito y democrático esfuerzo de sus hijos y creadores: los propios humanos.⁹

⁹ El capitalismo perfeccionado durante el prerrenacimiento cultural en el Viejo Mundo, e inmediatamente desbordado por sus vanguardias sobre el planeta, como parte *ex profesa* de la civilización europea creada para ello, “occidentalizó” durante los siguientes tres siglos a todas las culturas con las que chocó; y dentro de la originalidad de dicha civilización, la dirigencia de las trece colonias inglesas de Norteamérica deliberadamente amoldó dicho fenómeno civilizatorio europeo, para alcanzar una nueva expresión muchísimo más práctica que la original que, por sí fuera poco, pudo garantizar su propia existencia y sobrevivencia además, por resultar financiado a crédito con los oportunos excedentes bancarios proporcionados a través del también perfeccionado sistema financiero europeo, créditos previamente destinados a refaccionar por largas décadas y de hecho siglos, a la gran marca de colonos por supuesto también europeos. Es decir, la originalidad de este fenómeno finalmente quedó polarizada en la muy peculiar civilización ubicada para el caso en la vertiente extrema del llamado mundo occidental o, si se prefiere, a la civilización que ha ocupado el espacio del “extremo occidente”, la cual junto a su fabuloso sentido práctico, está salpicada con las no pocas dosis teocráticas

El mito de la democracia representativa

Este mito estaba arraigado y presente desde la época colonial norteamericana, durante la cual estuvo acompañado de su propio corolario, derivado de viejas costumbres y tradiciones británicas. Sin embargo, como todos sabemos, el goce de estos privilegios fue muy limitado y reservado, durante el periodo colonial, únicamente a los propietarios blancos. Este delicado asunto tampoco fue resuelto por la Guerra Civil de 1861 a 1865, a consecuencia de la cual de manera oficial se terminó con la esclavitud de la raza negra, porque sus reales efectos a este respecto, incluyendo los de la absoluta exclusión en la representación política para las grandes masas o la casta¹⁰ de los no iniciados, se hicieron sentir y proyectaron aún por más de un siglo —una vez terminada esta traumática contienda— hasta la primera mitad de la década de los años setenta del siglo xx. Esto se debió a que, hasta estas últimas fechas, los grupos progresistas de la Unión lograron empezar a sobreponerse (sólo mediante una serie de verdaderas revueltas) sobre el criterio, hasta ese momento prevaleciente en toda la Unión Americana, de que los asuntos de la democracia política estaban reservados para los miembros de la raza blanca. En otras palabras, se mantuvo incólumne el *whites only* y, sin duda, el haber permitido que funcionara y se extendiera durante más de tres siglos y medio de la historia norteamericana demuestra, para la orgullosa democracia representativa, una fehaciente falta de madurez y un correlativo infantilismo de las instituciones sociales y políticas de la joven república, incapaces de absorber y digerir, hasta el día de hoy, a la totalidad del amplio y rico espectro social del cual dispusieron prácticamente desde sus orígenes.

Se trata de un sistema político representativo armado a favor de una aristocracia, en donde los distintos miembros de las familias patricias se han sucedido durante siglos, turnándose para ello y entre ellos en los altos cargos sin abandonar el poder.¹¹ Aquí también debemos señalar que, a diferencia de los

que a su vez caracterizan a los estadounidenses. Véase José William Vasantini, *Imperialismo e geopolítica global*, Papyrus, Campinas, Brasil, 1990, p. 15. Véase también Alain Rouquié, *Amérique Latine. Introduction a l'Extreme-Occident*, Seuil, París, 1987.

¹⁰ Para el sociólogo Loïc Wacquant, Estados Unidos aún es un país de castas. Véase de este autor "La loupe et l'alambic: l'Amérique a travers ses prisons ou l'art de rester maître de sa demeure" en Lieuvre, Henri (dir.), *Les États-Unis, maîtres du monde?*, Complexe, París, 1999, p. 53.

¹¹ Véase Homero Campa, "La dinastía petrolera" en *Proceso*, núm. 1404, México, 28 de septiembre de 2003, pp. 44-48. El periodista se refiere a la aparición del libro *La dinastía Bush y el nuevo siglo norteamericano*, por parte de la editorial Nuevo Siglo-Aguilar, del investigador Abelardo Rodríguez, a quien en los primeros párrafos del artículo se le atribuye la siguiente afirmación: "Rodríguez se remonta a la historia de la dinastía Bush, cuyas relaciones familiares con el poder datan prácticamente desde la fundación de la nación estadounidense en 1776...".

grandes movimientos de transformación revolucionaria ocurridos en el mundo —en Inglaterra, en Francia, en México, en Rusia, en China y en Cuba, por sólo citar algunos de los más radicales que triunfaron en el curso de los últimos tres siglos—, en el caso estadounidense los grandes fenómenos que experimentaron durante ese tiempo y en el curso de su breve historia, más que por su número, debemos abordarlos por el grado de traumatismo producido, con sus respectivos efectos de conmoción y alteración, lo que a su vez evitó la necesidad de transformar de raíz la verdadera estructura social y política interna, por medio no sólo del obligado cambio y la sustitución de las respectivas élites dirigentes, sino por el tipo, la estructura y la respectiva mentalidad que envuelve y permea hasta el día de hoy a las mismas.

Nos referimos a los nueve grandes acontecimientos que acompañan a la breve historia estadounidense: la Guerra de Independencia (1776-1783); la invasión inglesa (1812-1814); la Guerra Civil (1861-1865); su participación en la Primera Guerra Mundial (1917-1918); la crisis económica (1929-1941); su participación en la Segunda Guerra Mundial (1941-1945); la Guerra de Corea (1950-1953); la Guerra de Vietnam (1962-1975); y los atentados de las Torres Gemelas del 11 de septiembre de 2001. Fenómenos en los que, salvo como una consecuencia de la Guerra Civil y un resultado muy concreto de la misma, sólo la parte de la derrotada élite sureña, que no se adaptó a las nuevas circunstancias, resultó afectada. Por otro lado, debemos señalar que, desde el punto de vista del aspecto traumático de estos mismos acontecimientos, la invasión inglesa, la Guerra Civil, la crisis económica, la Guerra de Vietnam y los atentados a las Torres Gemelas (cinco de nueve) fueron los que más incidieron en la conciencia de los estadounidenses. Casualmente, son los atentados a las Torres Gemelas los que han permitido no sólo aglutinar, sino lograr la absoluta convergencia de los estadounidenses, uniendo y articulando por primera vez en su muy corta historia, a todas las etnias, grupos y clases sociales presentes hasta ese día en el muy amplio espectro social de este país. Además del magistral uso del asunto por la dirigencia a través de los medios de comunicación, influyeron otras dos grandes razones: lo impactante del propio acontecimiento y, en segundo término, el hecho de haber puesto en grave crisis el concepto de la invulnerabilidad de Estados Unidos.¹²

Por otra parte, debemos hacer notar que, a partir de la Guerra de

¹² De conformidad con el geopolítico francés Frédéric Douzet, la palabra “atentado” no tiene traducción en inglés, lo que equivale a suponer que justamente tal posibilidad no cabía en el perfecto diseño del sistema de seguridad estadounidense. Véase de este autor “Patriotisme et nationalisme américains”, *op. cit.*, p. 38.

Independencia, todos los traumáticos acontecimientos ya mencionados nunca se salieron del contexto previsto por las reglas y los mecanismos legales internos, establecidos o perfeccionados por la propia élite aristocrática de los “padres fundadores” y que, con posterioridad –incluso durante los más grandes y aciagos acontecimientos internos más tarde ocurridos– nunca se han visto alterados en esencia, incluyendo las distintas sucesiones presidenciales transcurridas dentro del previsto ritual de estos mismos cánones. Todo ello demuestra que, desde la cima del poder, tampoco las élites dirigentes, aún durante sus cíclicas peleas y disputas, han perdido el control de la situación, por lo que podemos concluir que la negociación intercúpular interna estadounidense se ha revelado, hasta el día de hoy, extraordinariamente eficiente.

Lo anterior también ayudaría a explicar, por una parte, por qué hasta nuestros días la dirigencia de Estados Unidos se niega a someter a sus fuerzas armadas al ámbito de la legislación internacional existente y, por otra, que simultáneamente la misma dirigencia reclame con frecuencia la entrega de todos aquellos presuntos delincuentes del exterior en el caso de haber afectado los intereses estadounidenses en cualquier parte del planeta. Esto sin olvidar que el verdadero juego político interno debe darse, en exclusiva y como condición para mantener el *status quo*, por medio de los parámetros previamente establecidos por el Partido Republicano o el Partido Demócrata. Estos partidos, como todo mundo sabe, no mantienen diferencias ideológicas sustanciales (ambos se sostienen y hacen suyos los principios de la mitología que estamos exponiendo, incluso socializados por su aristocracia), pues ambos se apoyaron durante largas décadas del siglo pasado en otro mito: el de que los republicanos se sostenían esencialmente en los grandes representantes del capital, mientras que los demócratas lo hacían más bien en los trabajadores y los pequeños agricultores. En la práctica, los dos partidos siempre han gozado tanto del favor del empresariado como del proletariado, aunque sin duda los demócratas se vieron mucho más apoyados que los republicanos durante algunos periodos históricos concretos –entre la tercera y la quinta década del siglo xx– por masas provenientes de las bajas clases medias depauperadas del país. Sin embargo, lo más asombroso del caso es el hecho de que durante muchas décadas más los demócratas, que se presentaron y exhibieron a sí mismos como los progresistas del país, encontraron en el curso de ese largo periodo un sustento electoral esencial para ese entonces: el voto duro de los racistas blancos del Sur.

Ahora bien, la persistencia del racismo, no sólo en las áreas semi rurales del Sur, sino también en las grandes concentraciones urbanas del Norte, prolongada en sus peores manifestaciones hasta mucho después de mediados del siglo xx, y que aún en nuestros días –fuera de los deportes, el jazz, las

cárceles, los propios sistemas policíacos y de control represivo y, naturalmente, los frentes de batalla bélica— se hace cumplir a cuentagotas en otros aspectos de la vida, y abona la tesis de la falta de madurez de la teoría de las instituciones de la república, las cuales deberían haberlo evitado mediante su sola presencia.

El mito de la libertad económica o de la “libre empresa”

Este mito aparentemente logró venderse más fácilmente, en gran parte porque podemos considerarlo como una medida de compensación por la visible falta de capilaridad de la llamada democracia representativa norteamericana. Pero en realidad, si se tiene en cuenta que el permanente trasiego entre los hombres de negocios y los funcionarios blancos, con cargos en la alta representación pública, ha ocurrido a lo largo de los casi 400 años hasta ahora transcurridos en la vida estadounidense, sin duda la innegable y tangible existencia de la libre empresa sólo nos quedaría suponerla como un excelente filtro, a fin de permitir ascender a través de este vistoso medio hasta los más altos estratos políticos de la república a todos aquellos individuos suficientemente tenaces quienes, sin importar su origen social ni la fuente de sus admiradas fortunas, de todas formas se verían por este simple hecho llevados a los mismísimos altares de la pirámide del prestigio, exhibidos como los máximos modelos tangibles a seguir: los *self made men*, o los fabulosos hombres de empresa estadounidenses.

Aunado a lo anterior, también debemos hacer una reflexión respecto al hecho de que los emigrantes europeos blancos a los territorios de las colonias inglesas en América se vieron literalmente estimulados por la excelencia operativa y la innegable efectividad de las mejores reglas del capitalismo —desde luego— ya existentes en esa época. Con esto queremos decir que su llegada en masa fue auspiciada y estimulada durante estos siglos con respetables excedentes de capital, al disponer desde el principio de suficientes reservas de créditos bancarios, dado que los fundadores holandeses de la colonia de Nueva Amsterdam —la cual poco después se convertiría en Nueva York— fueron los primeros visionarios que se preocuparon por dejar perfectamente establecido y cimentado, *in situ*, el modelo del sistema bancario-financiero que seleccionaría y recibiría a las oleadas sucesivas de los futuros colonos europeos de clase media. Es decir, son los circuitos del capitalismo moderno los que inician desde muy temprano el verdadero despegue y despliegue de los territorios estadounidenses, todo esto dentro de la necesaria ecuación: colonos blancos con esclavos negros. Esta situación presenta considerables diferencias con respecto a los procesos históricos por los que transitaron y se extendieron las colonias americanas españolas y portuguesas.

*El mito de la libertad de expresión que, en buena medida,
conlleva el de la libertad de conciencia*

Difícilmente se puede suponer la existencia de los tres mitos anteriores sin la presencia de este último, el cual asegura a su vez el de la libertad de información. Este mito de la libertad de expresión y sus corolarios se fundamentan en una dicotomía antagónica, de manera similar a los tres anteriores. Tanto los inconformes como los disidentes, que siempre han existido a lo largo de la historia de Estados Unidos, en principio pueden y tienen la capacidad de expresarse, lo que desde luego no implica que con ello la gran mayoría de la población deba seguirlos; a esto también habría que considerar que si no manejan, controlan o tienen acceso a los grandes medios de difusión (no sólo los actuales sino los tangibles que siempre han existido en la historia estadounidense), obviamente sus puntos de vista realmente no sólo no van a ser debatidos, sino que ni siquiera tendrán la oportunidad de ser presentados. Tampoco es muy difícil suponer que quien verdaderamente ha tenido un acceso ilimitado en el curso de todos estos tiempos a los medios prevaletentes de difusión ha sido la élite aristocrática, cuyos representantes son quienes debaten entre sí frente a todo el auditorio estadounidense, con el único objeto de obtener, mediante este indispensable mecanismo, la necesaria legitimación de su actuación, una vez que con ello se atraen los obligados votos. Es decir—y por eso se trata de un simple mito—, que los parámetros de la mentada libertad de expresión se encuentran perfectamente bien acotados para todos aquellos que, de manera temeraria, pretendan salirse un poco de los cánones, y ni imaginarse que dichos disidentes pudieran valerse de la santidad de los citados medios, con el fin de cambiar radicalmente el perfecto sistema de control prevaletente.¹³

Una prueba más del increíble éxito del uso y manipulación ideológica que hace sobre su pueblo la aristocracia dirigente norteamericana, es la que se desprende del perfecto convencimiento que esta última tiene respecto a su inigualable generosidad, altruismo y espíritu de cooperación hacia el resto del mundo, y en consecuencia, del traumático asombro que les produce conocer

¹³ Véase, de Orson Welles, la película y obra maestra *El ciudadano Kane*, filmada en 1938. También véase, de Michael Moore, *Estúpidos hombres blancos*, Puresa, Barcelona, 2003. En la evaluación y la lista de países preparada por Reporteros sin Fronteras sobre la libertad de prensa de que se goza en el mundo durante 2003, dentro de una clasificación que abarca 166 países, originalmente Estados Unidos e Israel ocupaban los lugares 31 y 44 respectivamente, pero según sus propios autores, si a los anteriores criterios también se agregara el del papel que juegan en el exterior los ejércitos de ambos países, automáticamente caían más de 100 lugares, pasando a ocupar los sitios 135 y 146 de la citada escala. Véase "Evalúan a prensa mundial" en *Reforma*, México, martes 21 de octubre de 2003, p. 29 A.

las agresivas respuestas que frecuentemente encuentran o reciben como efecto de las verdaderas iniciativas implementadas en su nombre a través de todo el mundo por parte de su respectiva élite. Este cotidiano fenómeno de rechazo a la autocomplacencia estadounidense, que su dirigencia y sus medios de difusión conveniente y rápidamente maquillan y transforman mediante la recurrente explicación sobre la presencia o la contaminación de los sucesos por cuenta de sus respectivos enemigos ideológicos en turno (aquellos de carácter político, social o religioso) o, incluso, bajo el sobado expediente de que se trata de pueblos acompañados y dotados con un espíritu de mal agradecimiento debido a sus propias frustraciones y la consecuente envidia que al contemplar les corroe, debido al visible éxito que envuelve a las únicas y prodigiosas instituciones norteamericanas, para olvidarnos del hecho de la frecuencia con la que olímpicamente ignoran todos aquellos acontecimientos que les resultan incómodos.¹⁴

Ahora bien, el estadounidense promedio nos demuestra su convencimiento de que lo acompaña un dechado de virtudes y se siente por lo mismo con derecho a suponer que, antes que recibir lecciones de los demás, él ha sido designado y enviado a la tierra para darlas. Dentro de este contexto mesiánico nadie debe sorprenderse que este mismo estadounidense piense que también ha sido enviado a la tierra a imponer: la democracia, la libertad y la felicidad, aún para aquellos insensatos que se nieguen a tenerlas; estos paradigmas incluyen como un premio o corolario: la paz. Por esto, el uso de la violencia (incluyendo la armada) que se le atribuye a Estados Unidos, tanto en su vida interna como en la externa, sólo es explicable como lógica medida, tanto de respuesta o de simple reacción, frente a las amenazas y agresiones de las cuales resultan objeto —por supuesto por parte de las fuerzas del mal—, al verse éstas últimas seriamente acosadas y puestas en entredicho durante la instrumentación de dicha misión providencial (se le denomina “ataque preventivo”) con el objetivo de combatir las y de rechazarlas.¹⁵

A su vez, también es una realidad que la mitología estadounidense se apoya en principio en el conjunto de los cuatro pilares descritos, los cuales no sólo se sostienen a sí mismos, sino que además sirven como estupenda cortina de humo, o para analizar el fenómeno en términos estrictos de la teoría estratégica que a ellos tanto gusta, como genial maniobra de distracción a fin de esconder el

¹⁴ Véase Gordon Connell-Smith, *op. cit.*, pp. 13-64.

¹⁵ El 1º de julio de 2002, durante el discurso de celebración del bicentenario de la Fundación de la Academia Militar de West Point, el presidente George W. Bush dijo, entre otras cosas, lo siguiente: “el poderío militar norteamericano es tan aplastante que toda tentativa para intentar alcanzarnos resultaría vana, y aún mucho más que antes, el único modelo subsistente de progreso humano, es el nuestro”. Véase John Laughland, “L'impossible indépendance européenne” en *Géopolitique*, núm. 84, París, octubre-diciembre 2003, p. 61.

verdadero juego, que en nuestra opinión solamente consiste en mantener y garantizar incólumne la perpetuación de la mencionada aristocracia político-económica, la cual desde siempre ha conducido a la nación.

Sin embargo, esta inteligente maquinaria no estaría completa sin el complemento idóneo para el mantenimiento y perpetuación (durante casi cuatro siglos) de la misma: nos referimos, en específico, al súper mito de la seguridad.

La política de la tensión

Esto último nos lleva a pensar que, para todos efectos, el pueblo norteamericano no puede ser mantenido más que en tensión.

El trabajo de la dirigencia estadounidense, consistente en lograr combinar y articular convenientemente, dependiendo tanto de las circunstancias como de las coyunturas, los pilares de la mitología que durante todo el tiempo y mediante todos los medios —políticos, económicos, sociales y religiosos— le han sido vendidos a su propio pueblo en diversas dosis a través de etapas graduables, con el objetivo de mantenerlo en tensión de forma permanente. Esta iniciativa es sin duda compleja, contrario a lo que podría pensarse, dado que aquí también han jugado un papel capital las excelentes iniciativas encargadas de alcanzar y tocar la cuerda más sensible de las emociones del pueblo estadounidense —en especial la del miedo y el odio—, al hablarle de la necesidad de protegerlo, manteniéndolo, preservándolo y garantizando su integridad y, sobre todo, su seguridad.¹⁶

Para un estudio de la manipulación del pueblo estadounidense llevada a cabo por las distintas dirigencias con sólo recurrir a los sentimientos de éste, véase el excelente trabajo del libanés-mexicano-estadounidense, Yehya Naief, *Guerra y propaganda. Medios masivos y el mito bélico en Estados Unidos*, Paidós, México, 2003, p. 40. Por su parte, el politólogo y crítico estadounidense Noam Chomsky, uno de los principales exponentes durante el desarrollo de la Asamblea del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), efectuada en 2003 en La Habana, afirma en su trabajo titulado "Dilemas de la dominación" que: "el Presidente estadounidense George W. Bush, siembra entre sus compatriotas el pánico, con advertencias exageradas de terrorismo para justificar sus políticas y ganarse la reelección" en *Reforma, México*, jueves 30 de octubre de 2003, p. 31 A. El síndrome de la seguridad, de prevenirla y garantizarla, por parte de la dirigencia de Estados Unidos, históricamente alcanza y permea todos los ámbitos, por lo que en nuestros días la Comisión para la Evaluación del Control y la Organización de la Seguridad Espacial Nacional de Estados Unidos recomienda desarrollar capacidades espaciales que obligan a invadir la totalidad del espacio extraterrestre y aún más allá, a fin de poder dormir tranquilos y evitar sorpresas desagradables, incluso por parte de seres de otras galaxias. Al respecto, véase Lourdes Alonso Serrín, *La lucha por zonas de influencia en la post Guerra Fría entre Rusia y Estados Unidos: la competencia militar en Asia Central*, tesis de Licenciatura, FCFPYS, UNAM, 2005, p. 33.

Debemos recordar que para la dirigencia norteamericana, aún desde la época colonial, la preocupación primordial fue la de la seguridad o, para expresarlo con sus propios términos, la capacidad de realizar o instrumentar iniciativas con objeto de siempre mantener, alcanzar, perfeccionar y garantizar "su seguridad". Por ello mismo, nadie debe sorprenderse de que tanto los ya mencionados "padres fundadores" de la Unión Americana, como las más de cuarenta administraciones presidenciales posteriores nunca hayan hablado ni siquiera por error de "soberanía", desde luego dentro de los criterios de carácter preventivo-defensivo, como todo el tiempo lo hemos entendido los mexicanos y los latinoamericanos.

La seguridad, como la han entendido los dirigentes estadounidenses de todos los tiempos, es un concepto que, al adaptar en su favor las mejores concepciones de la teoría estratégica, permite mantener para esa misma dirigencia tanto la libertad de acción como, obviamente, su capacidad de iniciativa.¹⁷ Es decir, al manipular tales iniciativas dentro de los parámetros de este amplio criterio, los protagonistas, más que quedar asegurados contra los peligros y las amenazas existentes, lo están, sobre todo, contra los peligros o las "amenazas" que puedan ocurrir, en este caso de todas aquellas posibles acechanzas provenientes del exterior. En otros términos, lo que se pretende con dicha concepción es asegurarse contra la posibilidad de eventuales amenazas que ocurran en el futuro, para lo cual requieren adelantarse a los acontecimientos, actuando escudados en el argumento de efectuar simples maniobras de previsión como les es característico, aunque en la práctica, dentro y sobre los correspondientes espacios territoriales, en manos de los otros.

Tampoco cuesta mucho trabajo deducir que, frente a su propio pueblo, a las dirigencias estadounidenses, al manipular dentro de este amplio contexto el concepto de la seguridad, no les preocupa en lo absoluto que la soberanía de los demás quede a merced de dichas necesidades; consecuentemente, al disminuir la capacidad soberana de todos los demás Estados, los dirigentes estadounidenses se presentan en el escenario, ante los ojos de su propia opinión pública, no sólo como los verdaderos salvadores del mundo como resultado de un decreto divino, sino también como los únicos existentes en el planeta con posibilidades tangibles para ejercer dicha capacidad soberana.

De esta forma, el permitir que los valientes y arrojados "pioneros" blancos norteamericanos invadieran los territorios contiguos a sus fronteras, aunque en manos y bajo las reglas de otras soberanías, fue por una parte visto como un designio divino (*the manifest destiny*), al mismo tiempo que, por otra, tal iniciativa no dejaba de ser señalada por ellos mismos de manera irónica como un nuevo y grave desafío a su propia concepción de seguridad. Este doble

¹⁷ André Beaufré, *Introducción a la estrategia*, Strubhart & Cía., Buenos Aires, 1982.

fenómeno, por un lado, les obligaba a cumplir con el mandato divino, mientras, por el otro, los conminaba a nunca olvidarse de “cubrir” o “cerrar” la angustiada inseguridad a que les había conducido la simple necesidad de implementar sus aguerridas iniciativas a fin de asegurar las fronteras terrestres. A fin de resolver este permanente dilema, se vieron obligados en la práctica a invadir *ad infinitum* los espacios territoriales subsiguientes, naturalmente en manos de otras soberanías, hasta que durante esa aciaga primera etapa lograron alcanzar las únicas fronteras seguras existentes en el mundo: las de las costas oceánicas.

Una vez que obtuvieron, mediante este procedimiento, la dimensión del espacio continental (de costa a costa) que con muchísima antelación (80 años antes) se habían fijado alcanzar para la naciente república los visionarios miembros de su aristocrática dirigencia, automáticamente se trasladaron a la inmensidad de los espacios oceánicos las potenciales y angustiosas posibles nuevas amenazas. A partir de las últimas décadas del siglo XIX, fue menester adoptar una política designada como “de seguridad marítima”, la cual contempló la adquisición de islas y territorios estratégicos en los océanos, a fin de neutralizar desde ahí el surgimiento de eventuales peligros y amenazas futuras. Esta estrategia geopolítica de adquisición de los mejores territorios estratégicos insulares convergió en la zona del Istmo de Panamá, sobre el fantástico vértice designado por ellos, casualmente, como la “zona del canal”. A partir de estas mismas bases funcionaría “la alerta temprana”, que detendría y neutralizaría a todos aquellos temerarios que pretendieran amenazarlos desde el mar, ya que para estas mismas fechas por tierra no existía quien, aunque se lo propusiera, pudiera hacerlo.¹⁸

De esta forma, en nombre de su anunciada doctrina de la seguridad, la dirigencia norteamericana no sólo completó la invasión y sumisión de los espacios continentales que antaño ambicionaba, así como el de Alaska, sino que ocupó o se anexó, en las últimas décadas del siglo XIX y los primeros años del XX; Cuba, Puerto Rico y la zona del Canal de Panamá, además de las islas Aleutianas, las Filipinas, las Marianas, las Bermudas, las Galápagos y Hawai. Espacios estratégicos

¹⁸ Carlos Bosch García, *La base de la política exterior estadounidense*, Instituto de Investigaciones Históricas-UNAM, México, 1986. También véase María Eugenia Estades Font, *La ocupación militar norteamericana de Puerto Rico, 1898-1920*, tesis de Doctorado, FCPys-UNAM, México, 1987. La adquisición de los mencionados territorios insulares, en ambos océanos, fue el resultado de la propuesta que a ese respecto le hizo a la dirigencia política estadounidense coetánea, desde la década de 1880, el famoso almirante Alfred Thayer Mahan, propuesta que se cimentaba en los territorios estratégicos que casualmente habían estado entre los puntos cardinales que sostuvieron desde el siglo XVI al imperio marítimo mundial español. Véase también Bruno Colson, *La culture stratégique américaine*, Economica, París, 1993, pp. 189-202. Véase Alfred Thayer Mahan, *El interés de Estados Unidos de América en el poderío marítimo*, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2000; y Herbert Rosinski, *Commentaire de Mahan*, Economica, París, 1996.

que jugarían un papel clave, no sólo en momentos de tensión internacional, sino como el excelente trampolín para la puesta en marcha del siguiente paso en la *estrategia de la dirigencia estadounidense: "abrazar el globo"*, por supuesto en el nombre sacrosanto de su propia seguridad.

Conjuntamente con los valores "puritanos", la gran constante de la vida norteamericana es la continua necesidad de protegerse, y para ello también se implementó desde el inicio el concepto de la seguridad, al que se le dotara y se le hiciera acompañar, según su costumbre, de todo un lenguaje y un ritual verdaderamente religioso.

También a partir de este contexto, resulta mucho más fácil explicar por qué, durante el manipuleo conjunto del temor y el odio, en el curso de los últimos casi 400 años, los estadounidenses hayan estado bajo la constante presión de amenazas y peligros, primero de "las brujas" y de los indios, y después de los franceses, de los piratas bereberes, de los piratas del Caribe, de los ingleses, de los españoles, de los mexicanos, de los coreanos, de los nicaragüenses y panameños (esto a mediados del siglo XIX), de los chinos, de los filipinos (además de la simultánea invasión, por parte de los chinos y de los japoneses, sobre el propio espacio territorial de Estados Unidos), de los alemanes, de los japoneses, de los italianos, de los rusos, de los guatemaltecos, de los cubanos, de los vietnamitas, de los negros, de los dominicanos, de los libaneses, de los iraníes, de los egipcios, de los libios, de los palestinos, de los nicaragüenses, de los iraquíes, de los yemenitas, de los somalíes, de los serbios, de los afganos, de los narcotraficantes y de los terroristas, sin contar la parte que corresponda de estas mismas culpas tanto a las abejas africanas como a las hormigas migratorias del Brasil, plagas que, conjuntamente con la de los emigrantes mexicanos y de los de todo el mundo, los han llevado a desarrollar generaciones muy sofisticadas de armas de defensa con el fin de combatirlos, que incluyen hasta los insecticidas y las de tipo genético.¹⁹

Como podemos ver, a partir de la época colonial y durante toda su historia, las dirigencias norteamericanas han tenido que hacer frente no sólo a "terribles desafíos", sino a "pavorosas amenazas", lo cual en su momento ha sido duramente criticado por los críticos y disidentes estadounidenses (incluyendo entre ellos a distinguidos miembros de la familia Kennedy).²⁰ En este sentido no resulta extraño

¹⁹ Sobre la intervención de fuerzas militares estadounidenses en todo el mundo, véase Ziauddin Sardar y Merryl Wyn Davies, *¿Por qué la gente odia Estados Unidos?*, Gedisa, Barcelona, 2003, pp. 133-145.

²⁰ En 1962, el entonces procurador estadounidense Robert Kennedy, durante la presidencia de su hermano John, en el curso de un debate sostenido con un grupo radical de estudiantes de la Universidad de Yakarta, en Indonesia, enérgica y espontáneamente declaró, respondiendo a una

que estos críticos denominen “la invención de la guerra con México” al temprano conflicto internacional que tuvieron con nuestro país, en 1846-1847; de manera similar se expresan sobre la guerra con España en 1898, o del pretexto para iniciar los bombardeos aéreos contra Vietnam del Norte en 1965, ya que estos últimos no les merece un apelativo diferente. Esto con el fin de no tener que referirnos al amplio y rico debate que se lleva a cabo en nuestros días, en el propio Estados Unidos, sobre la invención del conflicto en contra de Afganistán (2002) y en contra de Iraq (desde principios del 2003), y no hablemos de la cotidiana manipulación y fabricación de la información por parte de los medios estadounidenses de comunicación. De todo podemos concluir que la perenne necesidad de la dirigencia norteamericana de hacer la guerra al género humano coincide con el supuesto de que se trata del medio más idóneo y capaz para mantener distraída y en permanente tensión a su propia opinión pública.

En el curso de toda su historia, la violencia ha sido una fiel compañera de viaje de la sociedad norteamericana y, por lo mismo, ha sido el semillero más prolífico de los críticos de la propia sociedad estadounidense, los cuales siempre se aglutinan en una multitud de organizaciones sociales internas, aunque con muy escasa coherencia desde el punto de vista de la estructura y los objetivos, a pesar de que tales organismos son parte esencial de la verdadera inflación actual de las llamadas organizaciones internacionales no gubernamentales (las famosas ONG’s), cuya persistente característica es la de muy escasa o nula articulación política entre ellas. Es decir, que el conjunto de este volumen de críticos y disidentes, ha quedado siempre en minoría al tener que enfrentar a su propio poder público.

Esta violencia se ha ejercido de manera impune, y sin tregua alguna, contra indios, negros y mexicanos, y ha sido objeto de una profunda admiración y elogio, tanto por modestas como por poderosas instituciones, tanto oficiales como privadas, de la propia Unión Americana. De esta forma, los cazadores de esclavos fugados, las masacres de indios, las de mexicanos, así como el admirado trabajo de los mercenarios y cazadores de recompensas, han podido desarrollarse en una forma no sólo sistemática, sino perfectamente racional durante la no muy larga historia estadounidense. Por estas razones, el Ku Klux Klan no sólo cuenta con un historial ininterrumpido de 130 fructíferos años, sino fue el sujeto que eligió, en 1915, el talentoso cineasta estadounidense W. Griffith para su muy temprana obra cumbre: “El nacimiento de una nación”. Conjuntamente con el Klan, el cual a cuyas actividades de caza y linchamiento de negros agregó

hacia mediados del siglo XX la caza de comunistas, se unió también durante unos años, con el objetivo de controlar a los críticos y disidentes liberales, el macartismo (por el nombre de su fundador el senador republicano Joseph McCarthy). A estas organizaciones se aliaron, con similares propósitos, otras organizaciones extremistas, como la *John Birch Society* y la famosa Sociedad Americana del Rifle, con un innegable consentimiento de los altos círculos del poder estadounidense. Por supuesto, durante las turbulentas décadas de los años sesenta y setenta del siglo XX, aparecieron como simple reacción otras organizaciones igualmente extremistas, como las denominadas el “poder negro”, los “panteras negras”, o los “musulmanes negros”, formadas por disidentes negros, las cuales sí se vieron sistemáticamente perseguidas y desmanteladas y, como resultado, no pocos de sus seguidores resultaron asesinados (no funcionando para ellos las maravillosas y equilibradas instituciones de justicia de la república), tanto por parte del famoso Federal Bureau of Investigation (FBI), como por otras prestigiadas organizaciones oficiales policiales y de inteligencia.²¹

Los deportes, las ferias y las exposiciones —sean locales, regionales, nacionales e internacionales—, los parques mecánicos, el circo, la comedia musical, el cine, los modernos parques de diversiones, las series de televisión, los *comics*, las revistas impresas de todo género, la prensa y los juegos de azar, considerados excelentes elementos de distracción, son también los relajantes y amortiguadores idóneos de la tensión. La fantástica fábrica de ilusiones que, durante largas décadas han representado tanto el cine como las series de televisión y los *comics*,²² aparte del embrujo que acompaña a estos maravillosos medios, se vieron desplegados a la escala que corresponde, por parte de la dirigencia del gigante capitalista, a fin de cumplir el objetivo que, muy poco tiempo después de su invención, descubrieron que les correspondía desempeñar dentro del fabuloso adormecimiento de las masas.

Para una dirigencia inteligente como la estadounidense no podía escapar la importancia de los deportes, de la fantasía de las ferias mecánicas, del circo, del

²¹ Sobre el arraigo y persistencia de la violencia en Estados Unidos, véase del escritor y crítico estadounidense Michael Moore, el video titulado: *Moarrr en Columbine*, filmado en 2002. Respecto a los grupos extremistas que han sentado sus reales a lo largo de la Unión Americana, véase Alberto Almendáriz, “Atecha a EU amenaza doméstica. Preocupado por grupos externos como Al-Qaeda, el FBI descuidó a grupos nacionales que amenazan al país” en *Reforma*, México, domingo 20 de marzo de 2005, p. 20 A.

²² Ciertamente los estadounidenses no son los inventores del *comic* ni siquiera en su versión moderna de fines del siglo XIX, pero nadie discute que ellos los hayan llevado a una de las cimas más importantes que jamás haya conocido este género de entretenimiento y de manipulo de las masas. De entre la increíble panoplia de personajes de todo tipo manejada al respecto por los estadounidenses, sin duda habría que destacar el papel de *Superman*, arquetipo de todas las virtudes que a sí mismo se atribuye el *American dream*.

rodeo, así como de los juegos de azar, a fin de cerrar el círculo de distracción y control de su propia población, y no digamos de la paralela neutralización de sus críticos y disidentes. De esta forma, tanto los grandes estadios para las apasionantes competencias de *baseball*, *foot ball* americano, *basketball*, *volleyball*, hipódromos, galgódromos, velódromos, box, lucha libre, pistas de carreras de autos, carreras de motos, natación, buceo, regatas, ciclismo, tenis, *golf*, *yachting*, *foot ball soccer*, los juegos olímpicos, los deportes de invierno, el alpinismo, el excursionismo, el paracaidismo, la cacería, la pesca, las artes marciales, los *aerobics* y el abanico de otras más, que incluirían los juegos de salón, desde el billar y el boliche hasta las partidas semanales entre amigos de *poker*, asimismo, las salas de masaje *antistress*, cumplen con los mismos objetivos sociopolíticos que Las Vegas, Reno y Atlantic City, junto a la magistral e ingeniosa panoplia de las áreas de apuestas –respecto de todos los deportes anteriormente mencionados–, para no olvidar a los sistemas de apuestas clandestinas y el auge de las llamadas “pirámides”, los cuales durante épocas de crisis económicas del país invaden como hongos las áreas urbanas marginadas, y cuyo éxito se constata con su permanencia. Estos recurrentes sistemas de absorción de la atención, conjuntamente con la proliferación de las sectas, de los grupos psicológico-espirituales, además de las drogas, la prostitución, el complejo y altamente sofisticado sistema del comercio espectáculo (como los *malls*), y las extraordinarias y complejísimas redes, tanto del *Internet* como de los juegos electrónicos, constituyen un abanico de conjuntos que, sin duda, han cumplido con creces su tarea estratégica de coadyuvar a cimentar el equilibrio político estadounidense.

Por último, cabe destacar la labor de los servicios de inteligencia y espionaje (13 distintos hasta el 11 de septiembre de 2001), los cuales se han visto reforzados y, en cierta medida, superados por la creación, por parte de George W. Bush, el 6 de julio de 2002, del Departamento de Seguridad Interna, el cual está encargado precisamente de salvaguardar la seguridad al interior de Estados Unidos, así como de muchas otras funciones previamente encargadas a sus predecesores. Estos servicios tienen la finalidad de contrarrestar el trabajo de sus enemigos en el exterior, pero también de supervisar las actividades que realizan sus propios críticos y disidentes internos, todo esto con el objetivo de defender, tanto al interior como al exterior, escudados en el paradigma de los mitos de la perfección estadounidense, las fronteras físicas y jurídicas de la Unión Americana.²³

²³ Para una buena descripción y análisis de los 14 distintos servicios de seguridad e inteligencia estadounidenses, consultar Tamara Sánchez Arias, *Las agencias de inteligencia en la política exterior estadounidense en los umbrales del siglo XXI*, tesis de Maestría, FCPYS-UNAM, México, 2003.